

Cultura a la contra:

La sonrisa vertical

El sexo —su imagen, más bien— florece desde hace un par de años por los rincones y esquinas del país. Preferiblemente es femenino, aunque también lo haya masculino y neutro en dosis más pequeñas. Como representación, palabra callada o murmullo soez, golpea desde los carteles de cine y desde los alegres quioscos de esta última etapa del franquismo en arrebato de piernas y nalgas mórbidas. Pero no por ello pierde su misterio, su prestigio de cosa oculta y de supersticioso tabú. Al contrario: parece que se hubiese colocado aún más velos, que esa misma superficialidad invasora no fuese más que otra máscara, otro recato bueno para ocultarnos las delicias verdaderas del cuerpo. Es un sexo desodorizado, plano y hasta chato. No se muestra, por ejemplo, nunca un pene en erección, y el acto sexual queda convertido a menudo —en su representación gráfica— en una mímica extraña por la que nunca podemos sentirnos concernidos.

Hasta ahora he hablado, claro está, de la representación comercial —algunos prefieren llamarla pornografía, que es lo mismo— del erotismo: de las múltiples revistas eróticas en papel couché —traducción: papel acostado—, de las infinitas secuelas cinematográficas de "Emmanuelle", de las funciones teatrales donde todos los actores aparecen desnudos y fingen orgías falsísimas... También se da otra representación del sexo más salvaje, que por lo tanto suele ser más reprimida por los dioses grises policiales: en los tebeos "underground", de producción y venta piratesca, donde es tratado con un desenfado a veces rayano en la desesperación, como por antítesis. O en la literatura "de calidad". Así, en la colección La sonrisa vertical, que dirige Berlanga para Tusquets; en ella, Eros es tratado de otra forma, se civiliza su desnudez. Ahí se nos exponen las once mil vergas de Apollinaire, nuestro santo patrono, o las memorias de cantantes alemanas precisas en su relación de coitos, o los diálogos filosóficos de un Alfred de Musset que se ha dejado en el guardarropa el catolicismo militante. La coartada intelectual desvela un erotismo mucho más excitante que la imaginaria de pacotillas. Se reedita a marchar forzadas al divino marqués, devolviéndonos el contacto con su maléfico discurso, y se nos permite incluso ver parte de la obra última de Pasolini, donde los cuerpos se relacionan entre sí y con su entorno de una forma libre y sin complejos. Lo malo es que a todo ello lo llaman "cultura", lo llaman "arte": le ponen otro velo, un corsé nebuloso que aprisiona al cuerpo. De seguir así, el sexo será solamente pasto para filósofos franceses.

A pesar de esta aparente floración, el sexo sigue siendo oficialmente reprimido: se cita judicialmente al editor de "San Reprimonio y las Pirañas", el tebeo de Nazario, por escándalo; en Madrid cierran un "sex shop", pretextando no sé qué ausencia de permisos gubernativos; "Saló" es secuestrada y prohibida en todo el territorio nacional por una censura que creíamos ya inexistente, y "El imperio de los sentidos", de Oshima, queda retenida en espera de que existan cines-"ghetto" —suponemos que con un kapo a la puerta— aptos para su representación. El sexo —el cuerpo y sus gestos precisos— sigue dando miedo, se le reconoce todavía su potencial subversivo y se le oculta en parte.

Sexo oculto, sexo culto, sexo inculto, cabalgan de nuevo. Y sigue existiendo otra forma de expresión sexual espectacular y viva: la que se expresa en las pintadas y en las coplillas populares. De la primera, podemos encontrar una buena antología en cualquier pared de servicio de caballeros. De la segunda, nos dan cuenta Amelia Die y Jos Martín en una "Antología popular obscena" que, prologada por Caballero Bonald, nos brinda Ediciones de la Torre. Es expresión del deseo de un pueblo largamente reprimido y que —con la ayuda del alcohol, o en la soledad de un retrete— dice la palabra impronunciable, hace el gesto tan largo tiempo querido: pintar una palabra, inventar un cuerpo. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Alrededores de Gibrleón.

año, la jeringuilla de unos pocos señoritos listos.

Por de pronto, la esperanza —nuestra propia esperanza— se nos aviva al saber que este libro, compacto y redondo como un canto del Odiel, ha sido el más vendido en la Feria del Libro de Jaén. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.

TEATRO

Sevilla y su Teatro de Repertorio

En la lucha por los estables aparecen una serie de variantes intermedias, propias de la realidad de cada lugar y de la tenacidad, la imaginación y la trayectoria anterior de sus gentes de teatro. Hace un par de semanas nos referíamos a Valencia. Hoy queremos hablar del Teatro Repertorio de Sevilla, cuyo informe ha llegado a nuestras manos.

Interesa, además, el tema por doble razón: una, por el contenido y los argumentos de la propuesta; otra, por las críticas de que ha sido objeto en ciertos medios de información. Y ya se entiende que si intento expresar aquí mi discrepancia con tales críticas, lo hago sin ánimo polémico y sólo con el propósito de intervenir en un debate que me parece importante. ¡Ojalá que el teatro, despachado entre nosotros tan a la ligera, despierte a partir de ahora, obligado como está a modificar sus plan-

teamientos, el deseo de discutir sus posibles alternativas!

El Teatro Repertorio es un proyecto elaborado por dos grupos sevillanos, Esperpento y Mediodía. Ambos grupos constituyen, en unión de La Cuadra, la mejor y más continuada expresión del teatro independiente de la gran ciudad andaluza. Es decir, de un teatro "profesional", que ha pechado con las dificultades de todo tipo que la dictadura ofrecía a este tipo de grupos. Este es un primer punto importante, aunque a ciertos sectores conservadores, acostumbrados a menospreciar esta clase de esfuerzos —el "único" teatro aceptado por ellos era el que venía de Madrid, cabalgando sobre los grandes nombres y los montajes costosos—, les duela que se alcen ahora como la manifestación teatral "reconocida" de la ciudad. Importa, sin embargo, atenerse a los hechos. Y los hechos son que, salvando esfuerzos que no han persistido o trabajos de grupos que nunca pretendieron o consiguieron la profesionalidad, Esperpento, Mediodía y La Cuadra merecen, por lo que han hecho en Sevilla, en Andalucía, en el resto de España, e incluso, especialmente, en el caso de La Cuadra, en el extranjero, asumir la animación del Teatro de Repertorio sevillano. El que La Cuadra no esté y el proyecto lo afronten únicamente los otros dos grupos resulta, asimismo, razonable, puesto que es evidente que aquella no podría acoplarse, con varios espectáculos, al turno del repertorio.

Se plantea la nueva iniciativa —y el proyecto cuenta ya, según las declaraciones de su titular, con el apoyo de la Dirección General de Teatro— como un primer paso hacia el Centro Dramático regional. Sus líneas